

El zoológico

Esteban estaba muy apurado, corriendo mientras veía los relojes digitales de las calles; él sabía que era muy tarde para el trabajo. Los relojes marcaban las 7:49 a.m. y la fecha, el 24 de abril de 2178. Por lo tanto, estaba preocupado de que, por llegar tarde, ya no se le admitiera el ingreso y su jefe, probablemente, le proporcionara trabajo extra. Al llegar, trató de sacar su tarjeta de pase lo más rápido que pudo, para insertarla en el módulo de la entrada y poder entrar al zoológico. Una gota de sudor cayó por su frente.

—Buenos días —dijo la máquina del ingreso— Ha llegado media hora tarde.

—Ya lo sé, no me lo tiene que recordar. Vine lo más rápido que pude, pero sentía como si mis piernas se volvieran más lentas, una sensación de que corría lento — le respondió Esteban con un tono de fastidio— Ahora, déjame ingresar, aquí está mi tarjeta.

A Esteban le costó un poco, pero terminó entrando de todos modos.

—Al fin, se sintió como que hubiera esperado mil años —dijo sarcásticamente.

Al entrar, se dirigió al alto edificio donde se encontraban los casilleros de los empleados. Allí estaban todos los materiales que se necesitaban para cuidar de los Animalics y empezar el turno de trabajo. Después de equiparse con los materiales, Esteban se dirigió a los vagones del tren que recorrían todo el zoológico, para ir a la zona de carga.

El verde pasto era abundante en las zonas de los animales y muchos sonidos como quiquiriquí resonaban por todo el lugar. Había mucho trabajo que hacer antes de que los turistas empezaran a llegar. Esteban necesitaba arreglar algunas cajas de voz de los “animales” más estropeados, además de asegurar sus extremidades para un mejor movimiento.

—Si mal no recuerdo, las partes deberían estar en la zona trasera de este edificio. —se dijo Esteban a sí mismo.

Inmediatamente, fue a buscar las partes faltantes, ya que no le quedaba mucho tiempo para terminar su trabajo, quedaban veinte minutos para la apertura del zoológico. Esteban logró completar su tarea con mucha agilidad, para poder colocar

las cajas de voz correspondientes a cada "animal". Luego, para estar completamente seguro de que había hecho un buen trabajo, hizo una prueba de voz de uno de los Animalics. Inmediatamente un "¡muuu!" se escuchó, lo que indicaba que la reparación había sido exitosa.

—Guau, ¡qué bien se siente escuchar eso! —dijo Esteban sorprendido.— ¿Qué dices, amiga, estás lista para el público?

Esteban trató de hablar con la "vaca" como si fuera un ser viviente, pero inmediatamente cobró conciencia de lo que estaba diciendo, no sería posible conseguir una respuesta de una cosa así. Lo único que pudo recibir fueron las palabras frías del robot con otro "muuu". La sensación de estar con algo que imita la vida le dejó un vacío en el pecho que se sentía tan pesado como una piedra. Mirando a su alrededor, se dio cuenta de que no había ni un alma, además de la de él, en ese zoológico lleno de puro metal.

Sin tiempo para pensar más, Esteban miró su reloj. "Cinco minutos para la apertura", pensó, poniéndose algo nervioso, y fue rápido a la sección de las aves. Un cuervo robótico lo miró desde una rama artificial, con unos ojos de color rojo parpadeantes. Aunque sabía que el cuervo era solo un robot, su mirada lo hizo estremecerse un poco. Los sonidos de aleteos llenaron el aire mientras las aves mecánicas hacían una coreografía planeada para impresionar a los visitantes. Todos se divertían y disfrutaban. Esteban tenía los ánimos por los suelos, pero ya no tenía por qué seguir lamentándose, puesto que su turno estaba por terminar. Quedándose con la cabeza llena, agarró las cosas de su casillero y dio una última revisión a los hábitats.

Finalmente, Esteban miró desde lo lejos el zoológico antes de irse, que empezaba a cobrar vida con los robots de animales en cada rincón. Las luces lejanas lentamente se hacían más pequeñas, y los animales activados comenzaron a moverse. Los rugidos resonaban por todo el lugar, confundiendo los sentidos de los visitantes, emocionados por una farsa que se había convertido en realidad.

Esteban suspiró y, por un momento, intentó imaginar cómo hubiera sido cuidar a animales reales. Tal vez, pensó, algún día no necesitarían estos robots. Tal vez, aunque fuera solo un deseo, la Tierra volvería a ver animales verdaderos recorrer sus tierras.

Haru Gutiérrez Maguiña
Tercero de Secundaria